

HA muerto don León.

Y ha muerto igual como había vivido: Fiel a sí mismo porque antes había hecho don de su fidelidad a Cristo y sus Evangelios.

Clavó el surco recto y hondo y no le tembló la mano ni le vaciló la voluntad ni varió la mira siempre alta y limpia y difícil.

Tendió la semilla, curó las siembras nacidas con afanosos ariqueos y brindó la espiga sana y bien granada a los que habían hambre y sed de justicia, porque quería para ellos en la tierra un poquito de las celestiales harturas que el Señor les tiene prometidas.

La voz le nacía a torrentes, con el borboteo denso y fecundo de los que sangran heridos exactamente en el corazón. Y tras la voz le acicateaba el impulso y tras el impulso el brazo y tras el brazo el nervio y tras el nervio la fe; una fe enorme en la providencia de Dios.

Por eso no clamó del todo su voz en el desierto.

Quemó entero la vida. La abrasó en caridad y la consumió alegremente, con el gozo sencillo del que hace el bien, sólo por hacer el bien.

Del hondo rescoldo, oculto en las últimas cenizas de su acabada humanidad, brotó la luz vivísima, y con Dios comulgada, de la lámpara inmortal que le alumbró siempre el buen camino y que, ahora ya, iba solo por los cándidos senderos de la Gloria.

Y aquí, en la tierra, como la sombra de esa llama en levitación, nacían las páginas de un libro en las que perduran la voz y el espíritu del justo.

LA REDACCION

IDEARIO EXTREMEÑO

Pon al hombre tan alto como sea posible, o tan bajo como quieras en ninguna parte estará exento de aquella pena que nos vino de nuestro común pecado. Si al que está en lo alto no le alcanza la injuria, le alcanza la envidia; si al que está bajo no le alcanza la envidia, le alcanza la injuria. ¿Dónde está la carne que no haya padecido dolor, y el espíritu que no haya padecido congojas? ¿Quién estuvo tan alto que no temiera caer? ¿Quién creyó tan firmemente en la constancia de la fortuna, que no temiera sus reveses? Los hombres en el nacer, en el vivir, en el morir, todos somos unos, porque todos somos culpables y todos somos penados.

DONOSO CORTES

Romance de la

Niña del Pañuelo

*La niña borda un pañuelo
con la plata de su sueño.*

*Hebras de sol, hechas oro,
sobre el raso azul del cielo
aprisiona el bastidor,
—donde juegan cinco dedos—
rojos como los claveles
que han florecido en su huerto.*

*Con su breve dedalito,
la aguja, teje sus sueños,
y en la tela,—luz de aurora—
nacen lindos arabescos
mientras la niña sonríe...
al contemplar su pañuelo.*

*Junto a la flor de azahar
perfumada de silencio
un ruiseñor se deleita
cantando coplas al viento,
porque la niña bordó
su nido, en el limonero.*

*verde como la esperanza
de la niña del pañuelo.*

*Cuando la tarde agoniza
prende su aguja en el pecho,
y con sus manos de nieve
el rosario va diciendo;
mientras el campo susurra
sones viejos de pandero
con la música sonora
de sus fuentes y sus vientos.*

*Dormida quedó la niña
sobre el bastidor de fuego;
en la tela ilusionada
—donde no tocan sus dedos—
la naciente Primavera
borda primores de ensueños.*

*A su oído, un ángel de oro,
borda canciones con besos.
¡¡Chist!!, que no despierte la niña...
¡Qué bellos siempre los sueños!*

J. RAMOS APARICIO